

El que ilumina la noche despierta a las sombras

Castillo de Alcaudete, Encomienda de la Orden de Calatrava. 1408.

No puedo ocultarlo más. Si no le hallo refugio el secretum que guardo nos arrastrará al abismo. Los murmullos han crecido desde que salí de mi celda con el códice bajo mi brial, Alcaudete ya no es villa segura, los nazaríes avanzan como lobos y su ira quema libros y hombres por igual.

Soy iluminador y caballero, curtido en inviernos de sangre donde el acero nunca me hizo temblar. Ignoro los oficios, mas paradójicamente, conozco todos. Los márgenes del códice que ilustro son ahora mis únicos desfiladeros. Necesito entender este milagro yo mismo antes de que este nuevo miedo, el único que no he sabido degollar, me devore por dentro. Mis maestros me enseñaron a dibujar drolerías, figurillas que adornan los márgenes para solaz de los monjes. Un mono con mitra de obispo, un zorro predicando a las gallinas... Todo es humor, me decían, un respiro entre tanta letra sagrada. Puro entretenimiento para alegrar la vista. Pero nadie advierte lo que ocurre cuando esas figuras dejan de ser una broma... cuando el mono te mira, cuando el zorro, con sus fauces de tinta, sonríe como si supiera algo que tú ignoras.

Todo comenzó con una simple hoja de vid. La dibujé en un margen, enroscándose en la letra capital. Al levantar la vista, me pareció que se había estirado un palmo más allá de donde yo la había pintado. Lo achaqué al humo del candil. Pero la noche siguiente, una liebre que esboqué con una expresión traviesa ya no miraba al frente, sino hacia atrás, como si algo la hubiera sobresaltado.

Aquella noche no dormí. Pasé horas en la capilla, suplicando una respuesta que no llegaba. Porque si aquello era real, ¿de dónde venía? Después me quedé en el catre, con el códice abierto, mirando fijamente a las criaturas que se movían en los márgenes. La

liebre ahora estaba con las orejas gachas, como escuchando algo. El grifo había girado la cabeza y me miraba fijamente. Y en el folio trece, el dragón del espejo sonreía. Siempre sonreía.

Cerré el libro de golpe. El corazón me golpeaba el pecho como un tambor de asedio golpeando las murallas de mi razón. Pero me atreví a formular la pregunta que llevaba años evitando: ¿Esto que hago es de Dios o del diablo? Una pregunta terrible. Una pregunta que puede condenar un alma para siempre si se responde mal. O si no se responde. Me arrodillé ante la ventana mirando al cielo. Y allí, en la oscuridad, comencé a desgarnar mis pensamientos como las cuentas de un rosario.

¿Acaso Dios da a un pecador el poder de crear vida? Solo Él crea. Sería soberbia y la soberbia es el primero de los pecados capitales. Además, ¿por qué mis criaturas son tan... extrañas? Los ángeles que pinto en las iniciales permanecen serenos, majestuosos, como debe ser. Pero las de los márgenes...son traviesas. A veces, incluso, inquietantes. El otro día, el mono obispo levantó la mano y me bendijo con un gesto vacío. Como si se burlara de mi fe. Un escalofrío me recorrió la espalda. Entonces, ¿es del diablo? Pero si es del diablo... ¿por qué los ángeles que pinto son auténticos? He visto sus alas moverse cuando rezo. El diablo no puede crear santidad. Sería como si el pozo negro diera agua limpia.

Luego está la liebre. Al abrir el libro, me busca con un cariño casi perruno, ¿Puede el diablo amar? No lo sé. Me levanté y miré de nuevo. El dragón seguía mirándome.

—Tú sabes la verdad —susurré—. Dímelas.

El dragón no respondió. Pero en el espejo de oro turbio, vi algo que me heló la sangre.

Mi propio rostro duplicado. Uno tenía una luz dorada, como los santos de las vidrieras.

El otro estaba envuelto en sombras, con ojos de dragón. Ambos me miraban sonriendo.

—¿Qué soy? —grité—. ¿Elegido o condenado?

Ninguno respondió. Pero sus sonrisas se hicieron más anchas.

Cerré el libro. Me arrodillé de nuevo. Cuando dibujo, siento paz. Una paz inmensa. Al trazar cada línea, al mezclar cada pigmento, estoy haciendo aquello para lo que fui creado.

Cuando las criaturas me miran sé que dependen de mí. Que, sin mi lumbre, se apagarán.

Y esa dependencia... ¿no es acaso como la de las almas con Dios? ¿No depende todo lo creado de su Creador?

Me levanté. Tomé el libro. El dragón con la garra cortada, en el margen, se movía lentamente. En el espejo, mis dos rostros seguían mirándome.

—No lo sé —susurré—. No sé quién soy.

Entonces lloré, por primera vez en años. Lloré como un niño porque había perdido a Dios, o porque Dios me había perdido a mí, y no sabía cuál de las dos cosas era peor. Las lágrimas cayeron sobre el pergamino y al rozar la garra cortada ocurrió algo. Dejó de moverse. Sus dedos escamados, se abrieron. Y de ellos brotó una pequeña luz. Tenue, casi imperceptible. Pero era luz. Tocó mis lágrimas. Y las lágrimas, en lugar de secarse, brillaron. Luego, la luz se apagó. Y en el espejo, mis dos rostros se fusionaron en uno solo. Cerré el códice.

Los nazaríes avanzan. El castillo no puede caer. Yo, sacristán de esta encomienda de Alcaudete, nuestra roca calatrava, firme baluarte que frena la marea de la media luna, he tomado una decisión. Enterrarlos vivos en la oscuridad. Que Dios me perdone.

.

La luna se ocultó justo cuando Fray Illán cruzó el patio de armas. La torre del homenaje con sus veinte metros se recortaba contra el cielo como un dedo acusador. Llevaba el

código envuelto en un saco de arpillera, y bajo el brazo, un odre pequeño con la cal viva. Nadie lo vio. Los centinelas miraban al sur, donde el resplandor de las hogueras enemigas teñía el cielo de un naranja sucio. El pulso le cimbraba contra las costillas. Cada sombra le parecía un soldado, cada crujido una voz que lo delataba. Pero siguió. Tenía que hacerlo.

Caminó pegado a la muralla, agarrándose a la piedra áspera, sus manos sudorosas rozando el paso del adarve. Solo cal sobre tierra. Una fortaleza que los almohades construyeron para engañar a sus enemigos. Se detuvo un instante, palpando el muro. Debajo de la capa de cal, lo sabía, solo había tapial. Tierra. Barro. El mismo barro del que él, pobre pecador, había hecho sus criaturas.

Oyó fragmentos, las palabras "Miserere mei, Deus..." le atravesaron como lanzas. En la capilla donde se decía misa para los soldados. Apretó los puños conteniéndose, para no arrodillarse y confesar su pecado. El secreto era demasiado grande. Avanzó con el aliento a trompicones, tanteando con la mirada cada saliente del muro y la profundidad de las sombras que se acumulaban en las esquinas. Al pasar junto al aljibe se detuvo un segundo a medir con la vista el hueco oscuro que quedaba tras las vigas podridas que se amontonaban en las caballerizas. Bajo la bóveda de cañón los caballos resoplaban inquietos. Pese al hedor nauseabundo a paja y estiércol que flotaba en el aire, sus sentidos estaban en otra parte; negó con la cabeza al ver que el lugar era demasiado expuesto. Hundió más el código contra sus costillas, buscando refugio en el calor que el cuero desprendía contra su piel. Entre las páginas algo latía.

El pozo ciego que había visto en otras ocasiones estaba allí, tras una losa suelta. Debajo, un agujero negro, profundo, que se perdía en las entrañas de la roca. Era una grieta natural, una herida en la montaña que los constructores del castillo habían aprovechado para los desagües. Allí. Allí estaría a salvo. Pero de repente sintió que alguien lo miraba. Con

manos temblorosas, abrió el saco. El códice apareció en la más absoluta negrura. No podía verlo, pero lo sentía. Las letras capitales, los márgenes repletos de criaturas diminutas. Y ellas, todas ellas, lo miraban. El grifo del folio trece. La liebre de la página siete. El zorro predicador, con las fauces abiertas. Y el dragón, con su espejo turbio y su garra cortada que aún se veía en el margen. Todos mirándolo desde una oscuridad que solo él podía sentir. Vertió la cal en el saco. El polvo blanco lo cubrió como un sudario. Y al hacerlo, oyó un gemido colectivo, diminuto, desgarrador. Como si cien criaturas pequeñas lloraran al unísono. Quiso soltarlo. No pudo. Sus dedos estaban pegados al lomo. Como si la piel del saco y la suya se fundieran.

Cayó de rodillas. El pozo abierto. Y el maldito manuscrito que él había creado, que había alimentado, tiraba de él hacia dentro como un hijo que abraza a su padre y no se suelta.

El mundo se inclinó. Vio por última vez el perfil de las almenas contra el cielo, la torre del homenaje erguida como un gigante dormido. Vio la piedra blanca del castillo, que había sido refugio y ahora era tumba. Y cayó. Cayó en la oscuridad absoluta golpeándose contra las paredes, sintiendo cómo la roca le desgarraba la piel. Cuando el golpe final llegó, sintió algo suave. Páginas. Las páginas, abiertas, recibéndolo. Y luego, la cal. Blanca, cubriéndolo todo. Y luego, nada.

Archivo Histórico Provincial de Jaén, Sala de Restauración. abril de 2025

La doctora Paula Mena tiene migraña. Lleva cuatro días con el Códice de Alcaudete. La pieza había aparecido en los años ochenta, durante unas obras de consolidación del castillo. Unos albañiles que limpiaban un antiguo pozo negro, junto a las caballerizas, encontraron una cavidad sellada. Dentro, un esqueleto con una cota de malla lo abrazaba, ambos cubiertos por una capa de cal preservados como en una cápsula de tiempo.

Esta noche ha pedido que nadie la moleste, hay algo inquietante. El código en sí es de una calidad fascinante pero lo que la tiene fascinada es otra cosa. Los pigmentos no han envejecido, muestran una frescura imposible para seis siglos. Algo, o alguien, los mantiene vivos. Y luego está la expresión de las criaturas. No son las típicas figuras hieráticas. Tienen algo... vivo. El grifo parece seguirla con la mirada. Lo ha fotografiado para documentarlo, pero no se atreve a contárselo a nadie. Un dragón con un espejo le ha llamado la atención desde el principio por un detalle: el espejo refleja algo. Una mancha oscura que cambia de posición según la luz. Coloca el folio bajo el microscopio digital y conecta la imagen a la pantalla grande. Amplía el espejo. La mancha se vuelve más nítida. Paula nota que se le cristaliza el aliento en el pecho. La mancha tiene forma de rostro. Un rostro de hombre. Con capucha. Con ojos abiertos que la miran fijamente.

—No puede ser —susurra.

Se levanta. Da dos pasos atrás. La silla cae al suelo con un estrépito que retumba en la sala vacía. Mira la pantalla. Solo mira aquellos ojos. Y de repente, el rostro sonríe.

Respira hondo, en el espejo pintado por el freire calatravo, un rostro mueve los labios. Y ella, sin saber cómo, entiende lo que dice: "Qui noctem illustrat, umbras evigilat."

En el margen inferior, una liebre diminuta que no estaba ahí, la mira. Sostiene entre los dientes algo que brilla. Un pelo. Su pelo. Quiere gritar. Pero una calidez extraña se lo impide, como si muchas presencias diminutas la rodearan. La liebre se adentra en el margen, desapareciendo entre las volutas de una inicial. Pero antes de irse, la mira con sus ojos de pigmento. Paula extiende la mano. Temblorosa. Toca el libro. Y el mundo se inclina.